

LA EUROPA CONSERVADORA

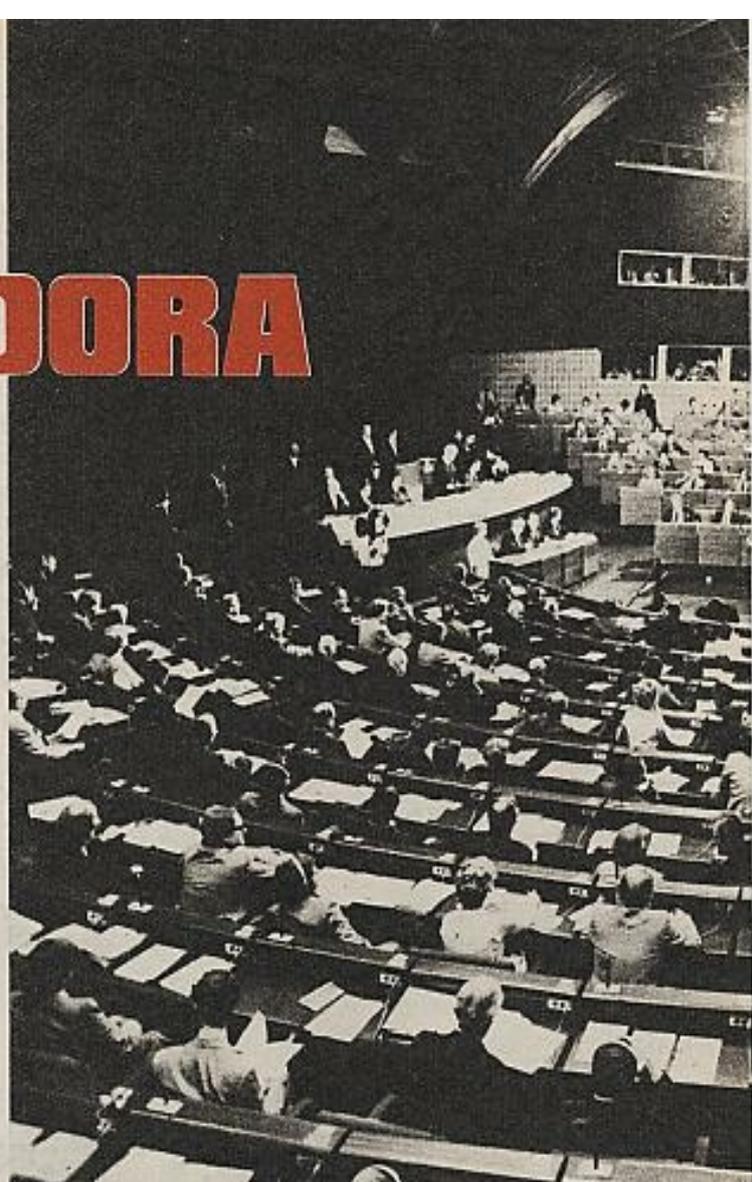
EDUARDO HARO TECGLÉN

DETRÁS de los comunicados, de la pantalla de palabras y de fotografías más bien amables y corrientes, como corresponde al buen tono internacional, la reunión de la Comunidad Económica Europea en Dublín en los dos últimos días de noviembre nos muestra un puñado de jefes de Estado y de Gobierno desconfiados, temerosos, huraños, introvertidos. Cada uno de ellos, a su vez, representa un país con las mismas condiciones internas: mayorías rotas y mal soldadas, unidas por el miedo al presente y al porvenir —sobre todo, al porvenir—; es la Europa de la escasez, la Europa conservadora. La idea de Comunidad está en discusión desde que se fundó, desde que se puso en marcha el Tratado de Roma de 1957. Es, indudablemente, mejor que la Europa de las continuas guerras ofrecida por los años y los siglos anteriores. Pero no hay mucho sobre lo que engañarse: lo que Europa ofrece de unidad es, sobre todo, por otras causas: por la adscripción inevitable a la fuerza centrípeta del imperio americano, por el miedo a la absorción por la URSS. Sola, volvería a encontrarse con sus hostilidades eternas.

Se ha visto en Dublín, se ve día a día, que cada país se cree al mismo tiempo el héroe y la víctima de la Comunidad. Leyendo los periódicos nacionales —y nacionalistas— se ve cómo cada país se cree a sí mismo el único en respetar los compromisos, el único en perder beneficios en aras de la Comunidad, el menos respetado por todos los demás. Puede ser el verdadero sentimiento de los Gobiernos; sobre todo, es una forma de propaganda ante sus opiniones públicas. Tratan de mostrarse como, a su vez, los únicos que defienden los intereses clave de la nación. Esto se refleja muy claramente en la renuencia y la distancia que van poniendo, continuamente, a los tres países que llaman a las puertas de la Comunidad, como Es-

paña, Grecia y Portugal. Tres países del Mediodía dudoso, del Sur pobre. Recién salidos de dictaduras que les han esquilinado y retrasado; ávidos, naturalmente, de colocar en el Mercado Común productos primarios que abundan, y que podrían contribuir a rebajar unos precios que sus cultivadores ya consideran excesivamente ajustados; deseosos de restringir sus compras de productos industriales, negativos para cuanto signifique reducir aranceles que podrían perjudicar industrias mal nacidas. Es decir, nacidas de la autarquía imposible, del proteccionismo sin fin, del favoritismo a sus concesionarios; industrias tributarias de royalties, con malas terminaciones, pero con precios —precisamente por su inadecuación, por su falta de modernidad, de su dependencia— excesivamente altos. Lo que nuestros tres países pueden sumar al Mercado Común es un índice de paro superior, una oleada mal contenida de emigrantes, un mercado de consumo deteriorado por la inflación que reduce el poder adquisitivo.

Hay, sin embargo, una inquietud general, y muy claramente expuesta por los Estados Unidos cada vez que la ocasión se presenta, de que estos países formen un festón peligroso en torno al núcleo europeo, que se defiende mal. Países de economía forzada, salidos de la utopía fascista y en espera del liberalismo básico de la Comunidad, que apenas saben, ni pueden, hacer otros planes que no sean los de austeridad: difíciles siempre de cumplir cuando se está al borde de una cierta pobreza que, como en todas las regiones del Tercer Mundo al que se van —nos vamos— aproximando se caracteriza por una separación creciente de clases sociales, por una oscilación entre el despilfarro y la miseria (para más detalles, mire usted en torno suyo). Quizá la entrada en el Mercado Común, sobre todo en estos momentos, les suponga un



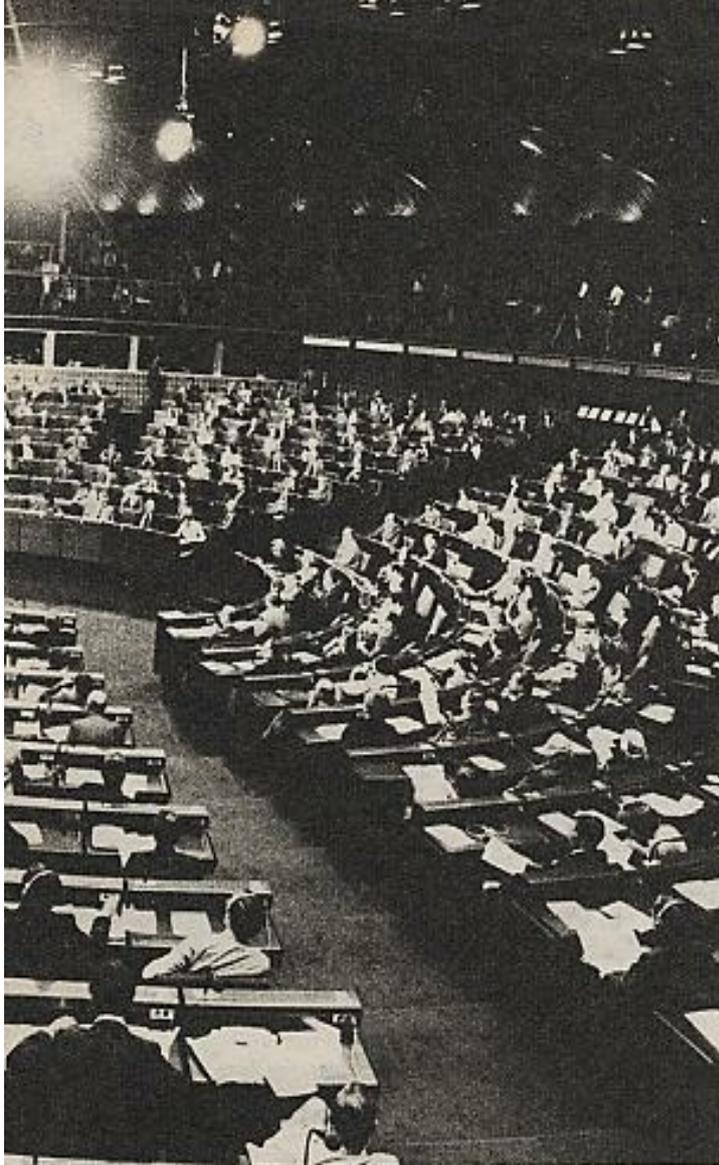
La Comunidad no ha sido nunca el ideal de la Europa única, vocacionalmente unida, Estras

trauma doloroso; pero no ven otra salida.

Estos tres países, a los que podría sumarse la comunitaria Italia, presentan un índice de peligro social elevado. Y contagiable. Los tres tratan de ofrecer como garantía unos regímenes conservadores, pero neodemócratas. Portugal acaba de sumarse, con el saldo de la revolución. España y Grecia van avanzando por el camino de la seguridad y de las limitaciones, dentro de sus Constituciones respectivas. Portugal promete una revisión constitucional para quitarle —dice Sa Carneiro— el "tufillo marxista". Pero su inestabilidad económica —de los tres—, su crecimiento negativo de la desigualdad social, les hace susceptibles de perturbaciones sociales. Dentro de la Comunidad serían un peligro de contaminación. Fuera de ella puede presentar un ejemplo del futuro que pueda sobrevenir en países más desarrollados, pero donde muere cada vez más el dragón de la lucha de clases.

La Europa comunitaria, la que está fuera del núcleo de los Nueve, porque no quiere entrar o porque no la dejan entrar, se está erizando de defensas, internas y externas. Visiblemente, de los misiles de la OTAN-Estados Unidos (1). Ostensiblemente, también, de unas defensas psicológicas antisoviéticas, que tienen la utilidad ser anticomunistas. Utilidad típica en momentos de crisis, y sobre todo en los momentos que se avecinan, en los que el aumento de las desigualdades sociales como consecuencia del paro y de la disminución del nivel de vida podrían polarizar en torno a los partidos comunistas a las clases descontentas. Se trata en esta gran configuración de la crisis económica y social, de evitar simultáneamente los comunismos y los fascismos. Tienden a reproducirse algunas fórmulas de la posguerra, o de los tiempos de la guerra fría. Los conserva-

(1) Véase en las páginas 34-35: "Europa, de comparsa", por Joaquín Rabago.



que era, sin embargo, un ideal conservador. En la foto, el Parlamento Europeo en el momento de la sesión.

durismos liberales parecen encaminados a facilitar esa acción. En todas partes los Parlamentos se van haciendo cada vez más estrechos, las Policías más numerosas y más fuertes. Y los partidos de izquierda no son insensibles a esa situación. Pero saben que tienen poco que ofrecer. Si se extreman, justificarán —o servirán para justificar— las medidas represoras; si se suavizan, dejarán de tener la clientela que tienen y serán cada vez más vulnerables al asalto del conservadurismo.

Así se reverdecen también los nacionalismos. La Comunidad no ha sido nunca el ideal de la Europa única, vocacionalmente unida, que era, sin embargo, un ideal conservador —Churchill, Schuman, Adenauer—; cada vez está más distante de ello. En Dublín no ha sido solamente la señora Thatcher —ejemplo brillante del conservadurismo sin ideas, de la mentalidad de ama de casa a la antigua usanza— la que nos ha mostrado la Europa que se

nos viene encima, sino cada uno de los grandes hombres presentes, más amas de casa aún que la señora Thatcher. En la OTAN está triunfando el espíritu de crisis. La polarización de todo ello en una ofensiva concertada y dirigida —desde Washington, sin duda— frente al Tercer Mundo sobre el que desarmar la culpabilidad de lo que pasa, y como objetivo del "rearme económico" se está viendo venir. Difícilmente los partidos de la izquierda pueden alertar a sus militantes y a sus electores de todo el manejo; difícilmente ninguno de ellos puede ni siquiera intentar demostrar que el Tercer Mundo no es culpable, sino víctima. La conciencia europea está muy sensibilizada por su escasez y por su deterioración. Y así las elecciones van, una tras otra, favoreciendo a los medios conservadores de la política. Y las clases más afectadas se van llevando, otra vez, a la conciencia de la culpabilidad exterior, hacia fórmulas de colonización. ■

POR, CONTRA JOMEINI



JOMEINI ha venido a introducir un nuevo granito de arena en el mecanismo de los cerebros progresivos automáticos: ¿es bueno o es malo? De cuando en cuando se plantea uno de estos problemas perplejizantes: el lejano caso Padilla, la cuestión de Israel; más modestamente, más en términos locales, la polémica Lévy-Carrillo. Más atrás, Budapest o Praga. La derecha, en estos casos, no duda: Padilla, Israel, Mindszenty, Dubcek, Levy. ¿Qué más le da a la derecha el planteamiento de problemas de orden moral cuando se refieren a la izquierda? Elige lo que le conviene. Y es unánime. Su instinto no le falla. La izquierda se encuentra con muchas más dificultades: es un organismo pensante. Los cerebros progresivos automáticos dejan de funcionar en un caso así: no tiene los datos suficientes para distinguir lo malo de lo bueno. Los que no son automáticos sufren. Se fían de lo fiable. Si la derecha vitupera a Jomeini, el automatismo les impulsa a ponerse junto a él. Pero ¿y la dictadura teocrática? Si la lucha de Jomeini está contra el imperialismo, viva Jomeini; pero si asesina adúlteros y homosexuales, si oprime a los partidos de izquierda, muera Jomeini. No a Jomeini si toma rehenes y asalta Embajadas; eso no es correcto. No a Jomeini si persigue a los kurdos. Si a Jomeini si quiere que el petróleo sirva a su propio pueblo. Si a Jomeini si significa el despertar una gran mayoría humillada y ofendida.

¿Cómo resolver este problema si hay que tomar partido? Porque, eso sí, hay que tomar partido. Es una obligación impuesta por Sartre, que se repite desde que lo dijo al gran santón: "Il faut s'engager". Por lo tanto, el cerebro progresivo automático debe comprometerse. Si no fuese así, podría quizá imaginar que Jomeini es un fenómeno externo de un hecho histórico interno que los síntomas regresivos de su revolución personal canalizan los síntomas progresivos de un desarrollo del Tercer Mundo hacia una situación de justicia mejor. Quizá la dificultad misma de formular ese lenguaje le estimule, porque un axioma hará la izquierda pensante: cuando una situación determinada te sobrepase, inventa una fraseología compleja. Pero esa es siempre una respuesta externa. En la soledad de la noche de insomnio sólo hay una respuesta posible para uno mismo: sí o no.

Y el insomnio se puebla de signos. Esos cientos de miles de gentes que se apilan frente a la Embajada de Estados Unidos en Teherán, ¿son pueblo o son turba? Difícil cuestión. Quizá no sean más que "lumpenproletariat". Pero ¿son revolucionarios o son fanáticos religiosos, iluminados sin conciencia política?

Puede ocurrir que la víctima vaya a ver también "Apocalypse now" y se ponga a pensar al mismo tiempo en qué debe responderse: ¿es una película de izquierdas o es una película de derechas? ¿Es simplemente pacifista? ¿Se puede ahora ser pacifista simplemente? El insomnio se multiplica al infinito.

Y en esto llegaron los perros. ■

POZUELO